

¿Qué viene después de la muerte?

Ento R. Mueller

Nos encontramos ante la pregunta más difícil de la vida humana. Durante siglos, milenios, las personas han intentado responderla de todas las maneras posibles. La respuesta siempre tiende a relacionarse con la predisposición con que se entiendan otras cuestiones importantes, tales como la idea que se tiene del ser humano, de la existencia o no de un Dios, o de qué es la existencia en el mundo.

Las respuestas cristianas, lógicamente, van siempre a suponer que existe una realidad más allá de nuestra realidad diaria. No podemos verla. Muchos piensan que pueden sentir algo de ella. Pero al final del día, su existencia depende de poder confiar en una palabra que ha sido transmitida dentro del cristianismo desde el comienzo, y que se presenta como palabra recibida del propio Dios que lo creó todo y que llena también esa realidad, más allá de la nuestra.

Aquellos y aquellas de entre nosotros que ya experimentaron la muerte de una persona querida, saben bien cuál es nuestra capacidad de comprensión sobre la muerte. Viéndolo desde nuestro lado de acá, estamos ante el mayor enigma de nuestra existencia. Y, en última instancia, sólo nos quedan preguntas. Podemos incluso examinar, una por una, las respuestas dadas a lo largo de los siglos, pero todas terminan allí donde llegamos a los propios límites de nuestra vida en este mundo.

Las respuestas cristianas quedan normalmente entre dos extremos. La primera supone que el ser humano está sujeto de alguna forma a ser dividido en una parte física y otra no física, sea por la propia constitución o por una acción externa. Para quienes suponen esto, lo que acontece en la muerte es que la parte física, el cuerpo, muere y se deteriora; en cuanto a la parte no física, el alma o espíritu, ésta sobrevive y va directamente junto a Dios.

En el lado opuesto tenemos la respuesta de que el ser humano es un todo indivisible y que, cuando muere, muere ese todo. Queda entonces aguardando la resurrección, cuando Dios hará de él o de ella una criatura completamente nueva, venciendo el poder de la muerte.

Ambas respuestas tienen fundamentación bíblica. Tal vez el mayor problema para nosotros es que no conseguimos dejar de pensar en una vida limitada por el espacio y por el tiempo. Simplemente no conseguimos pensar que alguna cosa pueda existir sin ocupar lugar en nuestro espacio y sin estar sujeta al paso del tiempo. Sin embargo, la realidad más allá de la nuestra parece también estar realmente más allá de esas limitaciones.

El resultado es que siempre tenemos dos ángulos posibles de visión sobre el pasaje de una realidad a otra. Por ejemplo, desde nuestros límites no conseguimos pensar en la resurrección, a no ser situándola en nuestro espacio y en el decursar de nuestro tiempo. Pero la realidad de Dios será justamente la superación de esos límites.

Cualquier reflexión sobre lo que viene después de la muerte debe contar siempre con esa superación de nuestros límites más básicos. El problema es que esa superación queda fuera de los límites de nuestro pensamiento. Nuestro pensamiento no consigue superarse a sí mismo. Por tanto, en último análisis, todo es una cuestión de fe.

Todo lo que tenemos es una palabra que se presenta como la Palabra de Dios, de un Dios que creó el conjunto de la realidad y que, desde el “lado de allá”, nos llama a creer en esa Palabra. Naturalmente, no se trata de una fe “ciega”. El Evange-

lio cristiano es la narración de cómo el Dios “del lado de allá” vino a estar con nosotros, en Jesucristo, “del lado de acá”, y de cómo la muerte y la resurrección de Jesús representan la superación de los límites de la vida y de la muerte humanas.

No obstante, también esa narración sobre Jesús podemos recibirla sólo mediante la fe. Quedamos así entre la fe en esa presencia de Dios en el pasado en Jesús, presencia que continúa en la fe en el Espíritu Santo en el presente, y la fe en que ese mismo Dios está presente y nos aguarda en nuestro futuro, “del lado de allá”. Nuestro pensamiento continuará intentando comprender todo eso, pero siempre llegará al punto en que se encontrará ante sus límites.

¿Qué viene después de la muerte? No lo sabemos. Sin embargo, aunque no podemos decir “lo que viene”, por la fe podemos hablar de “quien” viene: nuestro Dios, que viene a nuestro encuentro con sus brazos abiertos. Aunque la muerte sea la muerte “total” del ser humano, la muerte no puede matar aquello que somos en el corazón de nuestro Dios: “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida... nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 8.38).

La promesa en la que podemos afianzarnos es que el mismo Dios, que nos creó y nos recreó en Jesucristo, también nos recreará en la resurrección, más allá de la muerte. Y que desde la perspectiva de nuestros seres queridos que pasaron al otro lado, esa nueva creación de Dios ya no está sujeta a los límites de espacio y de tiempo. Por eso los momentos de experiencia de amor que ya pudimos sentir “acá”, serán ahora experiencia permanente de ese amor. Amor de este Dios que aquí sólo podemos conocer muy parcialmente, pero a quien en el “lado de allá” conoceremos tan bien como Él siempre nos ha conocido (1 Corintios 13.12). Es por eso que la tradición cristiana puede declarar: “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor” (Apocalipsis 14.13).